

**ACTES DEL VII CONGRÉS
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**
(Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997)

Volum III

EDITORS:
SANTIAGO FORTUÑO LLORENS
TOMÁS MARTÍNEZ ROMERO



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT JAUME I. Dades catalogàfiques

Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Congreso Internacional (7è : 1997 : Castelló de la Plana)

Actes del VII Congrés de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval : (Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997) / editors, Santiago Fortuño Llorens, Tomàs Martínez Romero. — Castelló de la Plana : Publicacions de la Universitat Jaume I, 1999

3 v. ; cm.

Bibliografia. — Textos en català i castellà

ISBN 84-8021-278-0 (o.c.). — ISBN 84-8021-279-9 (v. 1). — ISBN 84-8021-280-2 (v. 2). — ISBN 84-8021-281-0 (v. 3)

1. Literatura espanyola-S. X/XV-Congressos. I. Fortuño Llorens, Santiago, ed. II. Martínez i Romero, Tomàs, ed. III. Universitat Jaume I (Castelló). Publicacions de la Universitat Jaume I, ed. IV. Títol.

821.134.2.09"09/14"(061)

Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà (elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé de fotocòpia) sense autorització prèvia de la marca editorial.

© Del text: els autors, 1999

© De la present edició: Publicacions de la Universitat Jaume I, 1999

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I
Campus de la Penyeta Roja. 12071 Castelló de la Plana

ISBN: 84-8021-281-0 (tercer volum)
ISBN: 84-8021-278-0 (obra completa)

Imprimeix: Castelló d'Impressió, s. l.

Dipòsit legal: CS-257-1999 (III)



ZOOLOGÍA REAL Y FANTÁSTICA: FUNCIÓN NARRATIVA EN EL *BELIANÍS DE GRECIA*

LILIA E. F. DE ORDUNA

Consejo de Investigaciones Científicas. Argentina

COMO se sabe, este libro de caballerías apareció en Burgos en 1547, en la Cimprensa de Martín Muñoz; su autor, Jerónimo Fernández, directamente, o por medio de su padre Toribio Fernández (según datos del colofón), hizo publicar en ese momento las dos primeras Partes o Libros. Más tarde, en 1579 aparece, póstuma, la Continuación.

Si se considera la obra en sus dos Libros, se advierte que, por una parte, en cuanto a esta temática ofrece los elementos previsibles en el género caballeresco, pero, por otra, la «zoología real y fantástica» se aglomera en el primer Libro y disminuye de tal modo en el segundo que podría afirmarse que en éste, prácticamente, no se registra.

Muy al comienzo, camina Belianís, lleva «de rienda a la emperatriz su madre, el emperador yua hablando con el príncipe Arsileo y don Brianel», sus parientes, y ya llegados al bosque, «a poco se començó la caça, con tanto ruydo de bozeria que vnos a otros no se oyan. No tardó mucho que a la parte donde la emperatriz estaua, vieron salir vn león y vn oso, con tan arrebatada ligereza que, aunque hazia alguna parte se quisieran acoger, no tuuieran para ello lugar; antes el león muy denodadamente arremetió para el príncipe Belianís, el qual, aunque en algún sobresalto fuesse puesto, no tomó punto de pauor, antes denodadamente arremetió para él con vn cuchillo de monte que ceñido traía, mas el león juntó tan de presto con él que, aunque él le hirió en la cabeça de vna mala herida, le hechó sus duros y fuertes braços a cuestas, con los quales le apretó tan rezio, que le metió las vñas por las carnes haziéndole muy crueles heridas mas el príncipe, que el temor no le cegaua su gran ardimiento, le hirió por debaxo los braços de tal estocada en derecho del coraçón quel león con el gran dolor le soltó».

Sin embargo, no terminan allí los sobresaltos porque «mirando el príncipe hazia donde auía dexado a la emperatriz vio quel oso con endiablada furia se auía arrebatado al príncipe Arsileo con el qual, no le valiendo sus grandes ni demasiadas fuerças, a gran priessa por el monte se alexaua. Lo qual visto por el príncipe, aunque malherido estaua, viendo quel león no se mouía, començó, sin acordar a tomar su cauallo, a yr a gran priessa por donde el oso viera yr».

Así es como Belianís, «no se curando de las bozes que le dauan, a gran priesa se metió por entre aquellos grandes xarales, por los cuales bien señaladas dexaua sus pisadas con la mucha sangre *que* derramaua y no le fue poco alibio yr a pie porque allende de que el camino estaua tan espesso *que* a cauallo no se podía caminar, sin duda el correr del cauallo le hiziera notable daño».

El príncipe, pese a su voluntad y fortaleza, se detiene, tanta es «la mucha sangre que dél corría». Bruscamente, empieza gran ruido entre los jarales «y mirando qué fuesse la causa, vido quel *espantable oso* salió aquella ora, muy junto a donde él estaua y como él se le pusiesse delante por le estoruar que al príncipe Arsileo no lleuasse, el oso soltando Arsileo, con gran braueza se vino para él, mas él, que del *león* escarmentado estaua, dando al traués vn salto, le dexó passar con su endiablada furia y boluiendo sobre él, viole meter dentro vna boca de vna cueua».

La aparición de «la cueua» ofrece un tópico infaltable en los libros de caballerías: a veces constituye el elemento imprescindible en la trayectoria del héroe quien desde Eneas hasta don Quijote debe mostrar su propia «katábasis», su «descensus ad inferos», en afán de purificación y mejoramiento. Obviamente, hay gran variación de perspectivas desde el descenso virgiliano hasta las pretendidas y ambiguas vivencias que Cervantes adjudica a su personaje en la Cueva de Montesinos. Sea como fuere, la experiencia de «la cueua» suele ser una aventura infaltable en el género caballeresco.¹

En otras ocasiones, la visualización de una entrada extraña, no vista antes, es el modo de apertura de una proeza del protagonista: sólomente a él le está destinada. Así acontece en este episodio del *Belianís de Grecia*, según podemos comprobar: «tomándose por las manos se començaron a llegar a la boca de la gran cueua, la qual estaua *tan* oscura que gran temor ponía a quien la mirasse, mas aquellos tan esforçados príncipes se llegaron a ella sin algún temor. Y entrando por ella no vuieron dado diez pasos, quando Arsileo, sin poderlo resistir, fue hechado fuera mal de su grado, y por más que lo procuró, nunca pudo tornar a entrar; antes cada vez con mayor ímpetu hera hechado fuera, de lo qual no dexaua de tener sobrado henojo viendo que no podía entrar a ayudar a su primo».

Sólo Belianís, según dijimos, podrá someter al «disforme», «brauo» *oso*, como ya había vencido al *león*, aunque resulten ser parte de un hechizo que ha-

1. V. el excelente estudio de Juan Manuel Cacho Blecua, (1995): «La cueua en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*. Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 99-127.

brá de terminar con la victoria del príncipe: «Y mirando por el osso, violo muerto como cosa *que* no tenía más vida de quanto durasse el encantamiento», de modo que los dos animales son instrumentales en la primera aventura del protagonista. Sin embargo, ella tiene además vital importancia ya que el héroe ha de lograr por su triunfo el arma valiosa, casi un símbolo para el futuro caballero: «vio a esta ora vna espada metida, de suerte que se parecía della vna tan rica guarnición y puño *quel* nunca jamás viera y él, más alegre aquella ora que si de otro tan *gran* imperio como el de su padre le hizieran señor, trabó por ella y muy ligeramente la sacó».²

El tópico de la espada incrustada cuyo puño aguarda para ser tomado por el único héroe merecedor, también se remonta a las más antiguas sagas y en numerosas ocasiones ha sido estudiado.³

Comprobamos así que la aventura inicial que vive don Belianís de Grecia está instrumentada, según consideramos, por dos animales con características mágicas: el *león* y el *oso*. El primero volverá a aparecer, con distintas funciones: en un caso, dentro de un vaticinio «en el venidero tiempo, quando la braueza de los brauos *leones* [...], en mayor tribulación serán puestos».⁴ Después, junto al *ciervo*, –animal que también tiene ciertas funciones peculiares en algunos textos caballerescos, recordémoslo, herido y muerto por un león, casi en la apertura de *Amadís de Gaula*– vuelve a incluírsele en un mensaje profético: «el emperador leyó vnas letras, que en lengua griega dezían: «En el tiempo que el brauo *león* de la casa de Grecia en mayor peligro estuuire puesto por el desconocido *león* defendedor de su real sangre, será por los orientales *ciervos*, por industria de su captiuo príncipe, en otro mayor puesto».⁵ Y también más tarde, con idéntica función, esta vez junto a la *loba*: «se halló ante vn fuerte y a su parecer bien torreado castillo y comenzando a mirar por donde dentro pudiesse entrar, no le vio puerta alguna ni postigo y comenzándole a rodear de la otra parte, halló vna pequeña boca de cueua *tan* oscura *que* llegándosela a mirar le pareció que a los abismos decendiesse y ante ella vio vn padrón de fino cristal *tan* relumbrante que al sol que entonces salía quitaua su luz y en él estaua vn rétulo con vnas letras de finos rubís hechas, que ansí dezían: La estraña morada y aposento de Bandenazar [...] será encubierta hasta tanto *quel*

2. Todas las citas corresponden a nuestra edición del *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, 1997, L. I, pp. 6-10. Las grafías respetan las de la primera edición, son las corrientes a mediados del siglo xvi; sólo nos pertenecen puntuación, acentuación y mayúsculas. Pp. 6-9.

3. V. Carlos Alvar, (1991): *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*. Madrid, Alianza y cf. también Maurice Keen, (1986): *La caballería*. Barcelona, Ariel, en especial pp. 92-114.

4. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 10.

5. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 47.

más fuerte *león* traído por la pequeña *loba* con extrema necesidad en busca de mi saber viniere, el qual aurá si con extremo de virtud y fortaleza dexando todas sus armas a la puerta de mi cueua a mis temerosas guardas sobrepujare y tú, cauallero, que la auentura quieres prouar, no cures de presente de más de sola la virtud de tu coraçón aprouecharte». ⁶ Tenemos pues, al caballero en vísperas de una nueva aventura que se inicia con lenguaje profético, en el que se incluyen *león* y *loba* (ésta, desde textos antiguos, de enigmática interpretación). Señalemos que *lobos* aparecen en la heráldica ficcional de esta obra: «vivo que infinidad de gentes en su socorro llegauan, las quales [en] todas las deuisas y vanderas de Almançor de Rosia traían tres lobos negros en campo amarillo». ⁷ Dicha aventura se ornamenta con elementos, casi «escenográficos» y constantes, castillo hermético, infranqueable, salvo «vna pequeña boca de cueua tan oscura» en la que está el mensaje que el héroe debe recibir y aceptar, accediendo al lugar totalmente desprovisto de armas. Esta experiencia por vivir será una de las más complejas y por ello, varios seres extraordinarios y animales se reunirán. Pero, antes de señalarlos, hay que destacar que, en otra situación, surge el mismo animal y, esta vez no solo, de los que se enfatiza el peligro que entrañan para subrayar el valor del héroe, siempre vencedor: éste «llegándose al pauroso fuego se quiso meter por él con deliberado ánimo para ver lo que dentro hallasse [...] se venían quatro caualleros por los quales fue acometido y como con ellos en vna braua batalla se reboluiesse, a desora del mismo fuego salieron quatro feroces *leones*, los quales sin que él fuesse parte para se valer se abraçaron con él y con mucha presteza dieron con él dentro del fuego; él viéndose en tan gran auentura, soltando el cuchillo que en la mano tenía hechó mano por su daga, mas el braço le tuuieron ha esta ora muy fuertemente y mirando quién tal hiziesse vio que hera vna hermosa donzella y luego los *leones* y caualleros desaparecieron». ⁸ También es elemento heráldico, como en la vida real: «Assí fueron hasta tanto [...] que vieron que venían armados de vnas armas rosadas en extremo ricas, por ellas con mucha aposura estauan puestos muchos *leones* coronados de vnas coronas de laurel» y determina el apodo al personaje que las ostenta «Yo me llamo el Cauallero de los Leones», dice de sí mismo, y se alude a él como el «Cauallero de los coronados leones». ⁹ En ocasiones, es el «mensajero» de turno: «ante el emperador llegó vn brauo y disforme *león* que poniendo a todos mucho temor llegó hasta donde el emperador estaua y alçando su mano le dio vna carta». Hay que

6. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 229.

7. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 310.

8. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, pp. 155-156.

9. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 273-274.

notar que con esta presencia temible el narrador quiere agravar la situación de congoja que describe, en la que hasta los signos naturales pronostican la tragedia: «Ia hera venido aquel temeroso y amargo día en que tan general esparzimiento de sangre se esperaua, no sólo de los persianos y comarcanos suyos mas avn de las estrañas naciones de Grecia, saliendo el sol, tan mudado dessa acostumbrada manera, buelto de la color de la biua sangre que por pronóstico de mal sucesso por muchos de aquellos sarrazinos fue tomado [...] súbitamente el cielo se començó a turbar con tan espessas nuues que las oscuras tinieblas de la noche en la venida del día parecían suceder dándose tan grandes truenos con tan espessos y fulgentes rayos que del vn cabo al otro parecían correr, que la media región del ayre de espesso y terrible y más que dessapoderado fuego parecía ser llena. Mostráuense tan horribles figuras y espantos que muchos de miedo perecieron, tanto que pensauan ser los infiernos abiertos para que de semejantes monstruosidades el mundo se hinchiesse».¹⁰ Leones surgen también, como integrantes de un grupo peligrosísimo o acompañando a seres mitológicos, por cierto, rivales de los caballeros, centauros o jayanes, es decir, gigantes desmesurados. Transcribimos dos claros ejemplos: «metiéndose por vna espesura tan cerrada que gran temor aquellos que de flaco coraçón fueran dotados poner pudiera, porque vían atrauessar de vna parte a otra muchas *animalias brauas y dessemejadas* contra las quales auía no pequeña abundancia de *leones y ossos, serpientes y otras cosas disformes y temerosas*».¹¹ La otra aparición del león en compañía se da en la aventura que consideramos muy compleja (v. *supra*) ya que en ella el protagonista ha de oponerse a fuerzas mágicas por lo que son numerosos y variados sus enemigos: «se sintió tirar por detrás *con tanta fuerça que* por poco lo hizieran caer despaldas y boluiendo a uer *quién* le tirasse, vio *que* hera vn pauroso jayán *quen* su mano traía vn tajante cuchillo. Par dél venían dos centauros *que* le traían en medio, cada vno dellos traía vn *león* de los más espantables *que* jamás se vieran, *que* como los viesse *que para* él arremetieran, dando vn salto a vn lado se guardó de sus golpes mas los centauros soltaron sus *leones*, los *quales* para él se vinieron y el vno dio vn salto *pensándole hender con* sus vñas mas él estendió los braços y asiéndole por el pescueço, le apretó *con tanta fuerça que* le ahogó. Mas a esta ora fue herido de tales golpes *que* las rodillas le hizieron poner en el suelo comenzándole a salir mucha sangre, mas él *que* al temeroso jayán par de sí vio, se metió ligeramente debaxo de sus braços y echando entrambas manos al tajante cuchillo, se lo quiso llevar mas el gigante *que* de otra cosa no tenía cuy-

10. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, pp. 299-300.

11. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 373.

dado echó también las suyas por tenerle. Los centauros se abrazaron con don Belianís por apartarlo del gigante donde se viera la más descomunal lucha que jamás se vio, poniendo don Belianís todas sus fuerzas con las muchas dellos, los *quales* le comenzaron a apretar tan fuertemente que le hazían desfallecer y comenzaron a sonar tales bozes y baladros *que* la cueua hazían tremer. Mas don Belianís poniendo toda su fuerza, le sacó el cuchillo de las manos y con él quiso herir a los medrosos centauros, pero a la ora le desaparecieron». ¹² En este episodio se aglomeran «*todas las animalias*», según sintetiza el autor, y así se movilizan: «*innumerables culebras y bíuoras* que de rato en rato le mordían, hinchándole todo el cuerpo de ponçoña juntamente con *otros animales venenosos* que como le tenían muy hinchado venían dos *brauíssimos basiliscos*, los *quales* toda la ponçoña del cuerpo le sacauan juntamente con la sangre», además de «vn infernal monstruo», «diabólico monstruo que acompañado de vn temeroso *dragón* venía», ¹³ mas desde luego, todos habrán de sucumbir en manos del intrépido caballero.

Obsérvese, antes de continuar y aunque su estudio no sea el que para esta ocasión nos propusimos, la presencia de los «centauros», que muchas veces incursionan en la literatura caballeresca, en especial el extraño Sagitario, que protagoniza un episodio peculiar en *Palmerín de Olivia* (v. el capítulo 113 «Cómo los torneos fueron comenzados e cómo a ellos vino un cavallero que traía un sagittario que destruía la gente e cómo Palmerín lo venció»). ¹⁴

Dos representantes de esta fauna hostil hay que relevar: por una parte, el *dragón*, aquel del que decía Borges que «ignoramos su sentido, como ignoramos el sentido del universo, pero algo hay en su imagen que concuerda con la imaginación de los hombres, y así el dragón surge en distintas latitudes y edades. Es, por decirlo así, un monstruo necesario, no un monstruo efímero y casual». ¹⁵ Aun no muy avanzada la obra, en el folio 26, se desenvuelve como fuerza maligna y permite la demostración del heroísmo de don Belianís: era «vn *dragón* tan espantoso que gran pauor ponía a quien lo miraua», «el cauallero viendo *que* no hera tiempo de se detener se leuantó con su espada en la mano y arremetió contra el diabólico animal y bien quisiera aquella ora más que a un gran reyno hallarse armado de sus armas amarillas *que* Belonia le diera. El *dragón* arremetió con él e con los pechos le dio tal encuentro sin poderse apartar que dio con él en el suelo y querien-

12. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 230.

13. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 232-233.

14. V. *Libro del famoso e muy esforçado cavallero Palmerín de Olivia*. Texto crítico a cura di Giuseppe Di Stefano. *Studi sul Palmerín de Olivia*. I. Università di Pisa. Istituto di Letteratura Spagnola e Hispano-Americana, 1966, xxxix+879 pp., pp. 388-392).

15. V. Jorge Luis Borges, *Manual de zoología fantástica*. México, FCE, 1957, pp. 8-9.

do boluer sobre él por le despedaçar, él que el temor no le cegaua, dio vn salto a un lado con poca ligereza, de suerte quel dragón le assió con la vna mano y le traxo para sí, con sus duras vñas le passó las armas hasta las entrañas, mas él soltando la espada, le dio con la daga quatro o cinco golpes por entre los braços de suerte que se la metió hasta el coraçón. El pauroso animal con la gran rabia le soltó y se començó a estender por el suelo con las vascas de la muerte y era tan grande que más de veynte y cinco pies tenía en largo, era más grueso que vn toro por la cinta, no se vio jamás cosa más medrosa. El se hincó de rodillas dando gracias a Dios que de tan gran peligro lo librara». ¹⁶ En otro momento, es una hermosa doncella que se transforma en «vn espantable e muy pauroso *dragón* que de su disforme cuerpo parecían salirle tres cabeças con las bocas abiertas y tan espantables que gran pavor al príncipe don Lucidaner pusieron [...] Mas como él fuesse tan valiente cauallero, de tan valeroso esfuerço fuesse dotado, poniendo su escudo ante sus pechos y echando mano por su espada, se vino contra el pauroso animal con tanto atreuimiento como si con vn cauallero qualquiera ouiesse de hazer batalla. Y affirmándose sobre el pie yzquierdo le esperó, que sobre él venía haziendo muestra de lo atender, que como sobre él llegasse, dando vn salto con marauillosa ligereza hacia el vn lado le dio tal golpe por el pescuezo de vna de sus disformes cabeças que abriéndole sus espantosas venas con tales espadanadas de sangre fue rociado que casi priuado de la vista juntamente con el espeso humo que de las otras bocas lançaua se vino a juntar con él, donde pensando que con el disforme animal se auía abraçado, el animal passó adelante e asiendo con vna de sus paurosas bocas a la linda infanta Policena se lançó con ella por vnas concauidades y hondas cueuas que allí se hazían». ¹⁷ Vuelve a aparecer en el Libro II, directamente: «vn gran carro de fuego que seys *dragones* traían»; «dos crueles *dragones*» raptan a un enano y una doncella en la Selva de la Muerte, lugar poblado de «infinidad de muy sucias serpientes y culebras»; ¹⁸ «por los ayres, con infernal furia [...] más de veynte *dragones* cercados de llamas de fuego, que vn carro parecían traer de la misma llama cubierto y en él venían muchas disformes figuras». ¹⁹ E indirectamente también, referido a las armas del príncipe Clarineo, hermano del protagonista, quien toma «otro escudo todo blanco con vn *dragón* en medio que allí mandara hazer, por el qual en muchas partes fue llamado el Cauallero del *Dragón*». Dirá que antes lo conocían como el «de la Estrella», «aunque agora, por la deuisa de mi escudo me llaman el Cauallero del *Dragón*». ²⁰

16. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, pp. 101-102.

17. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 386-387.

18. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, pp. 11 y 90-91.

19. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, p. 464.

20. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, pp. 156 y 159.

El otro animal a destacar es el *basilisco*, rey de las serpientes en los bestiarios, pero que heráldicamente se lo figura como una especie de dragón con cabeza de gallo. Si damos fe a Plinio (*Historia Natural*), lo visualizamos de unos 12 dedos de longitud, con una mancha blanca como diadema en su extraña cabeza y dueño de un silbido aterrador. Nuestro colega de la Universidad de Buenos Aires, José Luis Moure afirmaba que «en la misma Roma el vocablo hubo de tener más temprana difusión si nos atenemos al cognomen de *basiliscus* que sobrellevaba Pompeyo». También anterior a Plinio, fue Lucano quien en unos versos de la *Farsalia* nombra varias veces a este extraño ser quien se suponía haber nacido de un huevo sin yema puesto por un gallo e incubado por un sapo.²¹ Pese a su extravagante linaje, lleva nombre ilustre, del griego «basiliskos», es decir, pequeño rey. Pero la verdad es que se trata de un verdadero «monstruo híbrido» de los estudiados por María Carmen Marín Pina (v. *infra*).

El *basilisco* es de incursión frecuente en el género caballeresco, a veces surge corporeizado y se traba en lucha con el protagonista o un personaje importante, tal ocurre en *Palmerín de Olivia*, por ejemplo. En el texto que estamos analizando aparece en las armas —«verdes y por ellas muchos *basiliscos* pintados de oro y azul»²² que el protagonista conquista, por lo cual habrá de recibir ese apodo: «platicauan aquellas señoras [...] en cosas del Cauallero de los *Basiliscos*, que assí lo llamauan ellas por las armas que traía».²³ Digamos al pasar que, según afirman los especialistas, el basilisco —por paradoja— no es figura heráldica frecuente,²⁴ quizá su inclusión en las armas de Belianís se deba a su apariencia distorsionada y exótica, suma de partes de diferentes animales, con la que se quería provocar una impresión pintoresca y colorida en la imaginación de los lectores. Por otra parte, si, como afirma Michel Pastoureau, el portador de un escudo —en la vida real, desde luego— aun si lo había heredado de sus antepasados, podía modificarlo a su gusto o abandonarlo por completo para adoptar otro, y los casos de transformación o de cambios de armaduras fueron muy frecuentes hasta fines del XVI,²⁵ evidentemente el escritor de libros de caballerías tenía libertad absoluta para crear su propia heráldica, conservando ciertos rasgos que la hicieran vagamente verosímil. Más adelante, se explicita el sentido de «basilisco»:²⁶ «¡Ay Cauallero de los *Basiliscos*, cuán cruel *basilisco* fue para mí tu vista pues si aquél mata con

21. V. José Luis Moure: «El *basilisco*: mito, folclore y dialecto», en *RFE*, en prensa.

22. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 235.

23. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 257.

24. V. O. Neubecker: *Le grand livre de l'héraldique*. Paris-Bruxelles, Elsevier Séquoia, 1977, en especial p. 114 ss.

25. V. Michel Pastoureau: *Traité d'héraldique*. Paris, Picard, 1979, p. 63.

26. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, p. 169.

la vista, tú a mí dexaste la vida para más morir!»,²⁷ y muchas veces se lo invocará con vehemencia «¡Ay Cauallero de los *Basiliscos!*», y pocas líneas después, «¡cruel *basilisco* de los mortales!»²⁸ y hasta se lo utiliza en símiles: «[la batalla] era tan espantosa y cruel *que fieros basiliscos y crueles y carniceros tigres los vnos con los otros parecían*».²⁹

Todavía hay que mencionar los *grifos*, los extraños seres mitad águila, mitad león, que aparecen como fantásticos animales de tiro, elementos ornamentales o crueles contendientes: «Mas estando ellas [las donzellas] en este trabajo vieron por el ayre a desora venir vn carro *que* todo parecía de vn trasparente cristal, el *qual* seys grandes *grifos* traían tan disformes *que* grande espanto a la infanta y sus donzellas pusieron, los *quales* llegaron con soberana presteza donde los caualleros estauan e dél salieron dos pequeños enanos».³⁰ Una segunda cita remite a la extensa aventura que ya hemos comentado y cuyo galardón habría de ser la herencia de Bandenazar, sus ricas y mágicas armas; terminada la demanda, «vio vn sepulcro, la cosa más hermosa que viera, estaua rodeado de doze pilares de cristal [...] los *quales* sostenían vna capilla la *qual* hera toda de vna esmeralda, la más fina que hallarse pudiera, encima de cada pilar estauan quatro ángeles con hachas encendidas las *quales* no se gastauan, encima del bulto de la sepultura estaua vn grande escudo el *qual* dos *grifos* sostenían en el ayre con las armas del emperador Bandenazar».³¹ En otro momento, tiene lugar un breve pero descomunal encuentro de los príncipes, Clarineo primero y Lucidaner después, con un pavoroso centauro que lleva también *dos grandes grifos*, con los que luego colabora «vna *disforme serpiente de dos cabeças* corriendo della tanto fuego y sangre, por otra que parecía traer cortada, que toda la quadra della se hinchía».³² «Vn *temeroso grifo*» es la insólita apariencia que toma el mago Fristón en sus adversas maquinaciones contra los protagonistas, pero pese a sus poderes es vencido, resulta herido y «todas sus plumas cortadas».³³ También en el Libro II, surgen como bestias descomunales en medio de un encantamiento: «y por los ayres vieron venir vn carro que quatro *grifos* traían».³⁴

27. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, p. 188.

28. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, p. 374.

29. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 44.

30. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 235.

31. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, pp. 390-391.

32. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. I, p. 244.

33. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, p. 412.

34. V. Orduna (ed.), (1997): *Belianís de Grecia*. Kassel, ed. Reichenberger, L. II, p. 31.

Comentario aparte merecía otro representante de este mundo fantástico, nuevamente en relación con los blasones. Es el *fénix*. Está vinculado con el príncipe don Lucidaner, que así aparece: «venía armado de vnas armas verdes y, en medio, vn *fénix* muy bien pintado, al derredor del escudo, vnas letras que ansí dezían *Es como esta aue tan sola/en hermosura y valer/la que a mí pudo vencer*».³⁵

Por lo que se comprueba, también en *Belianís de Grecia*, una obra de mediados del Quinientos, subsiste este tópico que ofrece la confrontación del bien, mediatizado por los personajes caballerescos que han de resultar siempre victoriosos, y el mal, que se muestra a través de una selección zoológica fantástica –dragones, grifos, serpientes bicéfalas– o real a la que se adjudica poderes mágicos –leones, oso, loba, ciervos. No se los describe con detalle: por ejemplo, del dragón del escudo de Clarineo se ignora cuál es su posición en el campo heráldico, quizá rampante, según la costumbre más generalizada. Desde luego, no está en ello el interés del autor, de hecho, cuando la ficción novelesca se afirma y la trama narrativa está ya perfectamente configurada, pareciera que no fueran necesarios. Así, en el Libro II disminuye la mención de animales: sólo tres referidas al «dragón» –dos, heráldico; uno, transportadores de un carro–, tres también, al «basilisco» –dos, en invocaciones y uno, integrante de un símbolo– y por último, una referencia a cuatro «grifos» que también llevaban un carro. De modo que, muy posiblemente Jerónimo Fernández sólo ha sido fiel a un estereotipo del género, aunque hay que tener en cuenta que estos episodios, según bien comentaba Garrosa Resina, en la literatura medieval española, no son tan numerosos «como en los relatos célticos medievales de origen francés o inglés, correspondientes al ciclo artúrico y a otros similares».³⁶ En todo caso, sí es evidente que en nuestro texto los animales mencionados carecen del valor simbólico que señala en otras obras Baños Vallejo³⁷ (desde el león manso hasta el poderoso «rey de la creación», desde la serpiente representación demoníaca hasta la protectora de lugares sagrados) ni llegan nunca a constituirse en emblemas. Digamos además que tampoco tienen función ninguna en *Belianís* animales monstruosos del tipo de la «bestia ladradora» o del «endriago», vin-

35. No nos detenemos en este símbolo de la perduración, de la potencia siempre renovada, porque lo hacemos en un trabajo en preparación, dedicándonos exclusivamente al tratamiento de la zoológica heráldica y a la diversa ornamentación de los blasones.

36. V. Antonio Garrosa Resina: «La tradición de animales fantásticos y monstruos en la literatura medieval española», en *Castilla*, 9-10, 1985, pp. 77-101. La cita es de p. 77.

37. V. Fernando Baños Vallejo: «Simbología animal en la hagiografía castellana», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica Medieval* (Salamanca, 3 al 6 de octubre 1989).i. Salamanca, Biblioteca Española Siglo xv, 1994, 139-147.

culados con uniones incestuosas o merecedoras de castigo.³⁸ María Carmen Marín Pina, al estudiar estos «monstruos híbridos» registrados literariamente, ha insistido en que ninguno de estos seres anormales «es por completo fruto exclusivo de la imaginación caballerescas, sino que casi todos cuentan tras de sí con una larga historia que puede rastrearse desde la antigüedad»,³⁹ piénsese en el mencionado Plinio o el *Physiologus*, o, después, en el *Liber monstruorum*, al parecer, la primera obra medieval dedicada a esta temática, y los diversos bestiarios, tradición de la que estos textos son deudores. Por otra parte, el «terror sagrado que los monstruos provocan, esa mezcla de maravilla y a la vez de fuerza maléfica que encierran, es quizá el atractivo que los autores persiguieron con su inclusión y los lectores experimentaron con su lectura». ⁴⁰ Ciertamente, dichos «autores» y «lectores» no se redujeron a los ámbitos de la península y fue así cómo también en el Nuevo Mundo la presencia de esta «zoología fantástica y real» se advierte tanto en textos específicos⁴¹ como en los comentarios asombrados de los cronistas ante la inagotable realidad americana que superaba en plantas, animales y riquezas todos los *encantamientos* de los libros de caballerías.

38. V. María Carmen Marín Pina: «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispanica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 Outubro 1991). iv. Lisboa, Cosmos, 1993, 27-33. Cf. también Paloma Gracia: «La bestia ladadora, la beste glatissant y el pecado del rey Arturo», en *Anuario Medieval*. 2. New York, 1990, 91-101 y *Las señales del destino heroico*. Barcelona, Montesinos, 1991.

39. V. María Carmen Marín Pina: «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispanica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 Outubro 1991). iv. Lisboa, Cosmos, 1993, 27-33, p. 27.

40. V. María Carmen Marín Pina: «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispanica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 Outubro 1991). iv. Lisboa, Cosmos, 1993, 27-33, p. 31.

41. V. María Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Blecua: *Lo imaginario en la conquista de América*. Zaragoza, Hispanidad, S.L. de Ediciones, 1990. Cf. también Hernando Cabarcas Antequera: *Bestiario del Nuevo Reino de Granada. La imaginación animalística medieval y la descripción literaria de la naturaleza americana*. Santafé de Bogotá. Instituto Caro y Cuervo-Biblioteca Nacional de Colombia, 1994.